

bilidad de ser sólo un punto en medio de la nada. Pero la gravedad de otros astros, posiblemente, seguramente, me irá atrayendo hacia ellos; veré entonces nuevos paisajes, enseguida o dentro de mucho tiempo, pero paisajes siempre diferentes de los que ya visité, y siempre más interesantes y hospitalarios que el mero recuerdo de lugares ya conocidos, o que los lugares que apenas haya imaginado.

TRES CUENTOS

## Los pájaros

*a Franco Vaccarini*

Cuando mi amigo me pidió que recibiera por ese fin de semana a Naomi, acepté porque no era posible negarme. Yo acababa de llegar del trabajo y sólo pensaba en descansar; él me hizo el pedido con tan pocas palabras y como un hecho tan natural que mi primera reacción fue aceptar con igual rapidez y naturalidad. En realidad la situación era nueva para mí; era la primera vez que yo iba a recibir a una extranjera de paso. Me había mudado con mi novia hacía unos meses, y nos había llevado tanto tiempo la elección de la casa, el arreglo y la mudanza que no sabía si la visita era inoportuna como la de unos pájaros que deciden parar en una obra en construcción o, por el contrario, si así se confirmaba que mi casa estaba ya instalada, y entonces podía servir para recibir a alguien de paso, como un ave migratoria que al quedarse un poco en una cornisa hace sentir a la casa, por precaria que sea, tan fija y permanente como un templo romano.

Ella iba a aparecer en dos horas; me preparé para recibirla. Acomodé todo pero no mucho, pensé en voz alta qué iba a decirle, de modo casual ("éste es tu cuarto", "podés usar este armario", etc.). Mi amigo me dijo que ella manejaba tan bien el español que casi no se notaba que era inglesa pero, de todos modos, en mis ensayos exageré la clari-

dad de mi articulación. Practiqué también la actitud a tomar, amable pero a la vez como de persona acostumbrada a recibir visitantes, poco solemne, despreocupada, incluso distraída. Me ayudaba a dar ese aspecto que mi novia estuviera afuera de la ciudad por esa semana: hacía más creíble que yo estuviera acostumbrado a recibir y despedir gente.

Al abrir la puerta del departamento y ver a Naomi lo primero que noté fue que se trataba de una persona que había viajado muchísimo. Debía tener mi edad o sería apenas mayor, de alrededor de treinta años, y su aspecto general indicaba que había estado viajando durante los últimos diez: había una cierta armonía, una correspondencia entre ella y su equipaje, como si formaran una especie de familia. La valija y sus bolsos no sólo se le parecían, sino que incluso mostraban una personalidad más definida que Naomi misma. Se veía exhausta, pero era la clase de persona que de ser necesario hubiera seguido caminando por horas, sufrida y hasta sonriente. Se presentó, me saludó y hablamos un poco, pero era obvio que yo era sólo un escalón en su paso hacia el cuarto en el que el equipaje y ella descansarían. Perdí enseguida las dudas sobre cómo debía tratarla; sentí o me hizo sentir que, como ella no era mi amiga sino la amiga de mi amigo, el favor yo se lo hacía a él y no a ella, y a su vez ella le debía el favor a él y no a mí. Le mostré la casa, pero se aburría, como una turista a la que le insisten en explicar detalles de un lugar idéntico a otros ya conocidos. Se bañó, se recostó un rato y después salió. Parecía que la actitud más lógica que yo debía tomar sería la de amablemente hacer como que uno no existía para el otro, lo que había previsto pero que a la vez me resultaba un poco decepcionante.

A la mañana siguiente, alrededor de las nueve, vi que Naomi estaba asomada al balcón que daba al patio interno. Tenía unos prismáticos enormes. Observaba algo con extre-

ma atención; tal vez la imagen de extrema atención la daba el silencio y el mero hecho de tener prismáticos, pero también que recorría el paisaje con movimientos muy lentos.

Me acordé del problema que había tenido un amigo que denunciaron a la policía porque su modo de distraerse, mientras trabajaba con la computadora, al lado de su ventana, era mirar con sus prismáticos los departamentos de los vecinos. Yo seguía observándola, sin saber bien qué decirle, cuando ella, sin dejar de enfocar hacia fuera, me informó:

—Un cardenal me torturó toda la mañana.

Lo primero que me vino a la mente fue la imagen de un sacerdote de la Inquisición torturando a una mujer acusada de brujería. La claridad que entraba por la ventana, los árboles del patio disolvieron esa imagen, y el sonido de un pájaro que yo siempre había escuchado pero que nunca me había molestado aclaró el sentido de la palabra cardenal. Además, vi que en el piso había un libro con ilustraciones de pájaros sudamericanos, abierto en la página del cardenal.

El sonido del pájaro reorientó la dirección de los prismáticos de Naomi, pero la búsqueda seguía sin resultado.

Yo me quedé sentado, en silencio, a su lado. Era tranquilizador que mirara con los prismáticos no los departamentos de enfrente sino los árboles, y me gustaba que nombrara un pájaro en particular. Siempre me cayó bien la gente que no dice pájaro, árbol o flor sino el nombre específico. Por ejemplo, me había gustado que días atrás una mujer mayor, ayudándome a encontrar la entrada de un edificio, me dijera: “Está allí detrás; ese paraíso no te la deja ver” o que en otra oportunidad me indicaran: “Seguí un poco más allá de ese cantero con fresias”. Esos comentarios hacen parecer a las personas serenas, equilibradas, confiables. Me acordé que una compañera de trabajo, apacible y del Sur, de Río Negro, me había dicho una vez: “Oh, me cansa ese zorzal, siempre ahí afuera”, y la vi más apacible y más del Sur, creciendo entre manzanares y zorzales. El sonido del

pájaro al que aludía mi compañera era tan notorio como monótono. Era como el sonido del pájaro que se escuchaba desde los árboles del patio. Era exactamente el mismo.

—No es un cardenal —dije a Naomi—. Es un zorzal.

Naomi bajó los prismáticos. Me gustó hacerla suponer que yo tenía conocimientos sobre el tema. Fuimos al libro de los pájaros. Se veían dos dibujos con cardenales: una figura era de perfil y otra de un detalle de la cabeza, con su copete rojo: el dibujante retuvo cierto desdén en el modo en que el cardenal lo miró a los ojos, y el pájaro, desde entonces, miraría con eterno desdén a cualquiera que abriera esa página. Busqué la del zorzal. Allí había dibujos menos llamativos; el zorzal no se diferenciaba mucho de otros. Los colores de las ilustraciones eran desvaídos, y resultaba un poco desconcertante que un libro que debía servir para distinguir pájaros no mostrara entre ellos diferencias claras.

—Es un viejo libro de mi padre. Es difícil consultarlo, pero lo amo —comentó. Al instante el libro me pareció más viejo e inútil, e imaginé modernos, magníficos, muy útiles libros con fotografías a todo color. Volvimos a buscar, con nuevo empeño, al pájaro del patio. Nunca me habían llamado la atención los sonidos que entraban por esa ventana: se escuchaban pájaros durante el día, grillos por las noches y a horarios variables las voces de las personas que vivían en los otros departamentos que daban a ese patio. Nunca busqué identificar a ningún pájaro en particular, a ningún grillo en particular, tampoco a ninguna persona en particular. Aceptaba esos sonidos como quien ve una película en que un grupo atraviesa una selva y el sonidista agrega un telón de sonidos de monos, cacatúas, insectos, y a nadie se le hubiera ocurrido buscar la correspondencia entre esos sonidos y animales concretos. Pero Naomi no dejaría que el zorzal quedara sin ser identificado, y siguió la búsqueda.

Una nueva y repetida frase del zorzal producida cuando ya la doble mirada de los prismáticos estaba muy cerca lo

delató. El zorzal, pequeño, pardo, desvaído como en el dibujo del libro, un pequeño ladrón que nunca había pretendido ser importante para la policía y que ni siquiera se sentiría culpable, no dio señales de recibir el impacto de nuestra intensa mirada. Pensé que tal vez nos equivocáramos y ese pájaro no era el zorzal en cuestión, pero entonces produjo de nuevo el sonido, y Naomi y yo lo escuchamos al mismo tiempo que vimos cómo abría brevemente el pico.

Naomi bajó los prismáticos y nos miramos en silencio, sonrientes, satisfechos. Por un momento, tantas cosas se correspondían en el mundo. El dibujo del zorzal con el zorzal, el sonido con el pico que se abría, y Naomi y yo percibiendo a la vez esas correspondencias.

Al rato la acompañé de compras por el barrio; ella quería comida y cerveza. Según decía y según cualquiera podía comprobar enseguida, ella tomaba muchísima cerveza. La compramos en el supermercado; quiso ir a un negocio pequeño para conseguir verduras. La llevé a un almacén cerca, en el que creo que la estafaron con los precios, con el peso y hasta con el vuelto, pero siempre tengo miedo de equivocarme con esas cosas, así que no dije nada. Todo el recorrido se extendió demasiado, y me impacienté: tanto tiempo para elegir la comida anunciaba que la preparación también iba a prolongarse.

Cuando volvimos había un mensaje de mi novia en el contestador, que escuchamos y borré; mi novia saludaba, nada más. Tomamos la cerveza mientras ella preparaba la comida, y habló mucho sobre sí misma. Quería vivir un tiempo en Argentina pero no sabía bien qué hacer. Ya había vivido un tiempo acá, pero tampoco supo bien qué hacer y se fue. Trabajó unos meses en una compañía de turismo inglesa para Latinoamérica, pero se cansó. Le gustaba cantar. No le gustaba Estados Unidos, así que no había ido nunca. Adoraba a su padre, y quería a su madre pero la ponía muy nerviosa. Le gustaban las casas viejas, no las

nuevas. Los negocios chicos, no los supermercados. Le gustaban mucho los paisajes naturales y la fauna salvaje. Le encantaban los pájaros. Pero no las palomas, ("ratas con alas") ni los gorriones, sucios y molestos. Estaba enamorada de un periodista argentino que vivía en España. Se vieron una vez en España, después en Buenos Aires, se verían en Londres o no, a lo mejor irían de vacaciones, pero quién sabe. Seguía tomando cerveza y parecía no hacerle mucho efecto, o tal vez sí. Estaba contenta; pensé cuántas veces habría ido a comprar comida para hacerla en una casa en la que estaba de paso, y tomado cerveza mientras preparaba con lentitud la comida. Estaba tan concentrado en la conversación que cuando fue a ducharse me quedé en la cocina como si ella fuera a volver en un minuto, mareado por la cerveza, y resonándome en la cabeza la intensidad de la conversación anterior. No llegué a darme cuenta de que el diálogo había terminado cuando, todavía sentado en la misma silla, la vi salir del baño, y de la casa, vuelvo tarde, sí, tengo las llaves, chau. Me quedé un rato en el sillón y después me fui a dormir.

—Vayamos a la reserva ecológica —me dijo al otro día. Tenía una visera, un mapa del sur de la ciudad, sus prismáticos y el libro de los pájaros. Así que fuimos a la reserva ecológica, una especie de parque medio desolado que estaba cerca de mi departamento pero al que yo nunca había ido. Era mediodía y el sol estaba insoportable. Caminamos por unos senderos largos y sin ningún árbol que llegara a darnos sombra. Ella decía que había lagartos, y que estaban al mediodía. Yo jamás había visto un lagarto en la ciudad, ni en el campo, y pensé que había algún error en la información, o en el nombre, o incluso un error más básico en el mero hecho de estar ahí entre yuyos y bajo el sol cuando vi, sobre una rama gruesa y pelada, un enorme lagarto,

de un metro de largo o más. Un grupo familiar lo descubrió, alguien gritó y empezaron a correrlo. También Naomi corrió; todos querían verlo más de cerca. El lagarto pasó de una inmovilidad de piedra a escapar del grupo familiar y de Naomi. El cuerpo del animal no estaba preparado para tal fuga; se veía torpe y desmañado, pero la desesperación le daba cierta rapidez. Era más respetable cuando permanecía inmóvil y adusto como un dios primitivo; sin duda los de su especie no tenían previsto ser perseguidos por ansiosos mamíferos, cuya aparición, desde la perspectiva de un lagarto, es tan reciente. Mientras la familia y Naomi corrían, pensé que el mundo había mejorado; el instinto cazador de los humanos se había podido transformar en un impulso por ir detrás de un animal sólo para mirarlo de cerca. Pero el lagarto no sabía de dicho cambio, y corría como si su vida dependiera de ello, y debe haber sentido que eso lo salvó, y sin duda volvería a hacer lo mismo en cada ocasión similar.

Seguimos caminando, sin más sobresaltos, hasta que ella me señaló:

—Oh, qué coincidencia. Un cardenal.

El cardenal mostraba su cresta roja, y caminaba como ni no tuviera nada que pudiera llamar la atención. Su actitud no era muy diferente de la de un zorzal cualquiera. A pesar de que nadie lo corrió, enseguida echó a volar y dejamos de verlo.

Gracias a los prismáticos y a la voluntad de Naomi vi otros pájaros, pero ninguno me impresionó como el cardenal. Además, el sol y el cansancio me empezaron a hacer perder interés y a fastidiarme. El retorno, exhaustos e insolados, se hizo interminable. En el camino compró cervezas —por suerte, no quiso hacer una segunda escala por comida— y llegamos a mi casa.

Era temprano, las cuatro o cinco de la tarde, pero tomamos las cervezas, y enseguida ella se fue a duchar. Yo me

quedé en el sillón, y me dormí. Cuando me desperté vi la imagen semidesnuda de Naomi, nueva, blanca, fresca, hidratada, como alguien que acaba de bañarse en el lago de un oasis después de atravesar el desierto. La seguí con la mirada; ella también me miró y me sonrió. Me levanté y yo también me fui a bañar. Si hubiéramos atravesado un desierto y llegado a un oasis nos habríamos sacado la ropa y bañado juntos en la laguna, pensé. El baño conservaba la humedad y la fragancia que ella había dejado.

Salí al living, y Naomi estaba dormida en el mismo sillón que yo había ocupado. Al lado de la cama estaba el diccionario de la Real Academia Española, que ella había sacado para consultar algo. Yo seguía pensando en el cardenal, y busqué esa palabra:

- 1 m. Cada uno de los prelados que componen el Sacro Colegio; son los consejeros del Papa en los asuntos graves de la Iglesia, y forman el cónclave para la elección del Sumo Pontífice. Su distintivo es capelo, birreta y vestido encarnados.
2. Pájaro americano que alcanza 12 centímetros de largo, ceniciento, con una faja negra alrededor del pico, que se extiende hasta el cuello, y con un alto penacho rojo, al cual debe su nombre. Es muy erguido, inquieto y arisco, pero se halla bien en jaula. Su canto es sonoro, variado y agradable. Vive unos veinticinco años. El de Venezuela es más pequeño; tiene el pico y los pies negros, el pecho rojizo, el lomo azul oscuro y el penacho rojo, en forma de mitra.
3. Mancha amoratada, negruzca o amarillenta de la piel a consecuencia de un golpe u otra causa.

Me habría gustado escuchar el agradable canto de un cardenal. El de la reserva había permanecido silencioso. Aunque tal vez no fuera particularmente agradable; nunca escuché que nadie distinguiera entre pájaros de canto agradable y desagradable. ¿Cómo cantaría Naomi? No podía evitar seguir pensando en el cardenal: había algo extraño en su aspecto, que iba más allá de la rareza de su penacho. Aunque era todavía más extraño el cardenal humano, alguien así vestido ocupado en asuntos graves. La aparición de la imagen del cardenal-sacerdote me resultó entre triste y agobiante, y a lo mejor lo agradable del pájaro era que paseara su rareza sin ninguna pretensión de superioridad, no como el sacerdote que se vestía así para ocuparse de asuntos graves. Me acerqué a Naomi. Era más como el pájaro que como el cura; no parecía muy consciente de ninguna particularidad personal. Se dormía delante de mí como si nada. Era inquieta, caminaba muy erguida, y me imaginé que sería, también, arisca, aunque estuviera así dormida, tan relajada a mi lado. ¿Cómo reaccionaría si yo intentaba acariciarla? Tal vez saliera corriendo de la casa, no temerosa sino enojada, y se quejaría a nuestro amigo en común.

“Se halla bien en jaula”, agregaba el diccionario. Es como el comentario de un señor mayor que cuida pájaros, que no sabe nada de biología o zoología pero que tiene experiencia de criador, tiene jaulas con cardenales. Quedaba bien, en relación con la Real Academia Española, la imagen de un señor con grandes jaulas con pájaros, más que la de un biólogo. A ese señor le preguntarían cómo se comporta un cardenal, lo miraría y diría “Pues, se halla bien en jaula”. Pensé que me gustaría mostrarle a Naomi una jaula con cardenales. O no, tal vez ella rechazaría enjaular pájaros. Me senté en el piso, apoyado contra el sillón, dando la espalda a su cuerpo dormido. Entonces sentí la mano sobre mi cabeza; Naomi me acariciaba el pelo.

A Naomi le gustaba que yo le dijera cosas tiernas. Le gustaba también que le acariciara las manos. Y los hombros y la espalda, mientras ponía la crema humectante sobre la piel que el sol de la reserva había calcinado. Igual, cuando yo me ponía tierno, ella se veía contenta pero no del todo comprometida con la situación; sonreía pero parecía a punto de irse a escribir un mensaje por email diciendo que le encantaba que alguien le dijera cosas tiernas y le acariciara las manos. A lo mejor Naomi viajó demasiado, y yo viajé demasiado poco, y para mí cualquier cosa que está cerca está para siempre, y para ella cualquier cosa que está cerca lo está sólo por un rato, y lo único fijo son las personas a las que les cuenta cómo está.

Nos quedamos despiertos hasta muy tarde. Seguimos hablando mucho. A ella le gustaban los pájaros pero, me confesó, no sabía mucho sobre ellos. Hizo un curso de avistaje, pero le dolía la cabeza cuando la obligaban a distinguir entre cientos de animales iguales. Se le mezclaban como se mezclaban en ese pésimo libro de su padre. Y tuvo malas experiencias con ellos. Una vez fue atacada por un cuervo. Y años atrás, en su primer viaje a Buenos Aires, había tenido problemas con un gorrión. Se había caído de un nido, y estaba lastimado. Lo cuidó más o menos durante un mes. El pájaro mejoró lentamente, demasiado lentamente, al punto que era difícil determinar si en efecto mejoraba o si había quedado lisiado. Además, en la vida de Naomi en Buenos Aires pasaban muchas cosas. A veces estaba contenta, y entonces volvía y se divertía con el pájaro. A veces estaba de mal humor y quería tirar el pájaro a la mierda. Era una presencia constante en el medio de una situación que ella pensaba transitoria. Ella debía fantasear con la imagen de libertad de un pájaro importante, de un ave migratoria que ni siquiera está condicionada por el ritmo de las temporadas; tener ese pájaro discapacitado la hacía sentir condenada como una señora

ya mayor cuidando a una anciana mucho mayor, mala y fastidiosa, que no mejorará pero que piensa vivir indefinidamente. El tiempo pasó y por fin el pájaro se veía en condiciones de volar. Volaba. Caminaba por el cuarto a los saltos, como todo gorrión. Entonces Naomi abrió la ventana. Sin ninguna despedida, ni agradecimiento, sin siquiera dar vuelta la cabeza y dirigir una última mirada a su protectora, el gorrión salió volando, pero no hacia el cielo sino hacia el patio del primer piso. Naomi se asomó, y vio cómo el gato de ahí se lo comía.

Me contó más sobre su periodista argentino. Lo odié; me lo imaginaba rápido, impaciente, yendo de aquí para allá, con un bolso de periodista, el bolso que llevaba colgado del hombro iba retrasado respecto de él mismo, por la rapidez de su paso. Él no estaba nunca, pero podía aparecer en cualquier momento. Decía que le parecía verlo en cualquier aeropuerto, que le producía insomnio. Tendría que quebrarse una pierna para que ella lo cuide, pensé, más porque me dieron ganas de que le pasara algo que porque eso fuera de algún provecho, y ella se sonrió y estaba como si no me escuchara pero vi que, ante esa perspectiva, el periodista se transformaba para Naomi en un gorrión fastidioso, aunque él debía ser la clase de gente que sale volando y no le pasa nada. Yo intenté hablar de mí, pero a mí mismo mis cosas me parecían súbitamente sin interés, y ella bostezó dos veces mientras yo hablaba. Por momentos, Naomi no estaba pendiente de mí, ni estaba pensando en mí, ni me estaba mirando a mí. Me gustaba su aire ausente, le dije. Se sorprendió. Tal vez sea lógico que cuando uno está demasiado atento a alguien esa persona parezca tener un aire ausente.

Naomi me preguntó cuándo volvería mi novia, y yo se lo dije. Sonrió y miró para otra parte, como diciendo las cosas son como yo sé que son por más que me acaricies las manos y hables con ternura. Me entristecí y pensé que no

tenía derecho a tratarme así. Tuve ganas de mostrarme un poco enojado. Miré el libro con los pájaros y me habría gustado tirarlo por la ventana. Yo casi no le había hablado de mi novia; tener una casa y vivir con una novia de golpe me convirtió en alguien más fijo y estático que un cactus. Me hizo sentir como un señor con una hacienda y sombrero y ropa blanca que recibe visitantes. Una vez vi a un colombiano en un bar, y alguien me murmuró: la familia de él tiene haciendas en Colombia, en un lugar llamado Manizales. Lo miré mejor y era obvio que tenía haciendas y cosas así, y giraría por el mundo pero tenía ese lugar fijo llamado Manizales, fuente de firmeza, seguridad, dinero. Lo que uno construye acá, el departamento que mi novia y yo enérgicamente habíamos establecido, me pareció de repente una nada, algo que se volatilizaría. Por un instante, extrañé a mi novia. ¿Tendría yo la ilusión de estar instalado, y en realidad no lo estaría nada? Tengo apenas una novia, con la que apenas alquilamos una casa, trabajo en un lugar fijo pero qué hay de fijo en tal cosa, después de todo. Casi explico eso, pero el tema me hacía sentir inseguro, y ninguna conclusión me llevaría a volar de un país a otro. Además era muy tarde, y en algún momento de esa conversación el que se quedó dormido parece que fui yo.

Naomi se fue a las cataratas del Iguazú. Me dejó un mensaje escrito: “¡Me voy a las cataratas del Iguazú! Vuelvo en una semana y me voy a Inglaterra. ¡Saludos al zorzal! ¡Gracias! Naomi”.

El mensaje fue lo primero que vi cuando me desperté, a las ocho de la mañana; yo tenía poco tiempo para prepararme para salir a trabajar. Estaba indeciso entre quedarme sentado mirando la nota y correr para ducharme, desayunar, vestirme. En el piso, al lado de la mesa con la nota, Naomi me dejó la guía de los pájaros, un mapa de los luga-

res para hacer trekking en Mendoza y un libro de frases en inglés que quién sabe cómo habrá obtenido, tal vez algo que trajo por error de la agencia de turismo. Me quedé mirando esas tres cosas y tuve el impulso de tirarlas a la basura. Eran puentes tan ineficaces entre uno y el mundo: la guía no servía para acceder a los pájaros; si yo iba a Mendoza, nunca me serviría de ese mapa de itinerarios para *trekking*; tampoco utilizaría yo esas frases en inglés, ese triste, escaso vínculo entre las dos lenguas. Aunque quién sabe. ¿Debía enviarle por correo el libro de los pájaros, al menos? ¿Aparecería yo en Londres y le diría “Vine a devolverte el libro”? ¿Podría yo tener hijos con pasaporte inglés? Mi novia llegaría al día siguiente y pensé que debía deshacerme de esas pruebas de que Naomi estuvo allí, aunque tuve la sensación de que esas cosas tontas de turismo hacían parecer más intrascendente la visita, y por eso estaba bien conservarlas. Tenía ganas de quedarme un rato quieto y triste, y odié no tener tiempo para hacerlo. Un instante antes de irme, sonó el teléfono y dejé que atendiera el contestador; era mi amigo, el amigo de Naomi, al que tarde o temprano tendría que contarle lo sucedido. Pero todavía no tenía ganas de contar nada, así que lo dejé hablando en el contestador mientras me iba de la casa.

## El dibujo en el agua

*a Álvaro Fernández*

La primera imagen que Cindy tuvo de la novia de Brad fue la de una mujer de unos treinta y cinco años, sonriente, que saludaba como si estuviera contenta de estar ahí delante de uno pero que hacía sospechar que se comportaría exactamente del mismo modo ante cualquier persona. Trató de observarla con más atención —siempre le habían producido curiosidad las novias de su primo— pero no pudo inferir nada, y su juicio sobre Patricia quedó en suspenso. Sólo podía decir que no era norteamericana y que tenía una imagen más bien desvaída, pero en futuros encuentros esa imagen tal vez se definiera un poco más, adquiriera más realidad.

“Patricia me cayó muy bien”, le dijo Cindy a Brad en el trabajo al día siguiente, y él sonrió y habló de otra cosa. El azar había llevado a que en ese último año estuvieran trabajando en la parte administrativa de la misma empresa, y a veces iban a almorzar juntos; normalmente pagaba él, que tenía un cargo y un sueldo mucho más alto. Ellos nunca sostenían conversaciones demasiado personales; el vínculo familiar creaba una intimidad algo incómoda. La información que uno tenía del otro la habían adquirido sobre todo a través del filtro poco benévolo del resto de los parientes. Así, él conocía detalles de sus conflictos en la adolescencia,

ciertos problemas médicos, los enfrentamientos con su madre y su padrastro, las dificultades en sucesivos intentos universitarios, su complicado matrimonio y su divorcio aún más complicado, sus desbalances químicos. Cindy era consciente de toda esa información, que contradecía la segura, relajada e inaugural imagen con la que ella se quería presentar en el trabajo y en el mundo; y después de todo quién sabe, pensaba, cuál de las dos imágenes sería más real. La vida de Brad, en cambio, había ofrecido siempre pocos temas de conversación: sólo se señalaba su carácter tan apacible, la responsabilidad que mostraba en sus trabajos y en sus estudios: poco tiempo atrás se había recibido de contador. Su única irregularidad eran inexplicables pero muy espaciados ataques de furia, sin motivos pero también sin consecuencias. Cindy sospechaba de la actitud amable, conciliadora y siempre tan reservada de su primo; ocultaba algo importante de lo que tarde o temprano se enteraría. Brad nunca hacía referencias a temas familiares, ni a nada sobre el pasado de ella, lo que la hizo sentirse más segura; además, el tráfico de información se había suspendido un poco desde que los parientes más cercanos se habían ido mudando a otros lugares. Al ver que él era tan discreto, Cindy se vio impulsada a serlo un poco menos. Trató entonces de acercarse más a él; hablaban del trabajo y a veces ella intentaba derivar la conversación hacia temas más privados. Pero entonces él sonreía y hablaba siempre de otra cosa.

En las semanas siguientes Cindy tuvo varias oportunidades para encontrarse con Patricia: una tarde en que hubo una reunión de compañeros de la empresa, un par de mediodías en que ésta pasó a buscar a Brad a la oficina. Hablaron bastante; sin embargo, Cindy no terminaba de entender quién era y qué hacía Patricia. Había llegado a Chicago apenas un año atrás; provenía de un país de América Latina, pero poco había en ella de lo que uno piensa

que es una latinoamericana, y no comentaba mucho sobre su país de origen. A veces Cindy intentaba hacerla hablar sobre el tema, y le preguntaba cosas generales que eran respondidas de un modo igualmente general ("¿Hace mucho calor en tu país?". "Sí, en verano"). Tenía problemas para conseguir trabajo, había llegado a Chicago con la promesa de algo que no salió, pero por fin le habían encargado la edición de un libro sobre psicología o pedagogía, que la ocupaba bastante; no se llevaba bien con la editorial. Había estudiado educación, o estaba haciendo un posgrado, o lo había terminado pero de alguna manera continuaba; el correcto inglés de Patricia informaba con confusa simplicidad acerca de estudios, de trabajo, de su situación legal. En un momento comentó que había ido a Israel, por lo que Cindy determinó que era judía, pero tal vez lo era sólo su ex esposo. ¿O lo era el profesor de la universidad que la llevó? Quedaba claro que hablaba español y que tenía problemas con la visa, pero otras cosas no quedaban claras, aunque de hecho hablaba bastante de sí misma.

Cindy se impacientaba, y se preguntaba qué había en Patricia que, incluso, la impulsaba a buscarla: empezaron a verse con cierta frecuencia. Cuando estaban a solas, sobre todo en la casa de Patricia —a veces se veían también en un café— Cindy se veía compelida a hablar mucho, como si hubiera una zona de vacío que debía disimularse de alguna manera. Sentía que lo que contaba sobre el trabajo o sobre cualquier cosa no interesaba a su interlocutora ni a ella misma, y que tampoco habría interesado a ningún tercero, y entonces hablaba aún más; incluso subía la voz, y cambiaba de tema o simulaba entusiasmarse, pero lo único que hacía era tratar desesperadamente de cubrir ese vacío, como un actor en una situación difícil que trata de distraer la atención de su audiencia con énfasis excesivo. Sin embargo, Patricia no daba ninguna señal de que percibiera esos sentimientos, y la acompañaba en la conversación aunque,

claro, su entusiasmo no se veía crecer paralelo al que mostraba su interlocutora.

Cindy terminaba agotada por el esfuerzo por narrar, evaluar, puntualizar, concluir, y salía de esos encuentros, además, deprimida y un poco angustiada. Hubiera querido que alguien le explicara qué había en Patricia que la impulsaba a verla, por qué no la ignoraba y punto. Pero no podía siquiera empezar a pedir una explicación. Un día, en el trabajo, escuchó que alguien decía a otra persona, a propósito de quién sabe qué o quién: "Es que le falta realidad". Fue como si el mundo estuviese hablando del problema de Patricia, como si esa frase definiera un problema tan indeterminable como definido.

Patricia era irreal en conjunto, pero a la vez tenía partes más irreales que otras. Sus pequeños ojos eran claramente irreales, y también lo era su sonrisa. Su pelo, abundante y ondeado, también aportaba irrealidad; no podía ser así por naturaleza, pero tampoco había recibido un tratamiento específico. Había también algo irreal en sus anteojos, tal vez porque Patricia no parecía una persona miope, aunque sin duda lo era. No le quedaban bien. No eran demasiado feos, ni tampoco contradecían sus rasgos, pero, aun así, no se correspondían con algo de su cara. Sin embargo, si Cindy hubiera debido afirmar qué era lo más irreal de todo, habría elegido la voz. Patricia hablaba y todos los rasgos de irrealidad se intensificaban. Su inglés casi sin acento, o con un acento como de ninguna parte, hacía pensar en alguien que porque sí toma unas piezas y las junta siguiendo ciertas reglas, con una insípida e inútil precisión.

El cuerpo de Patricia, cuando Cindy pensaba en ella —a veces se preguntaba quiénes más le dedicarían pensamientos— era el de una mujer menuda pero, mirándola con atención —como lo hacía siempre que Patricia estaba distraída, buscando algo, o hablando por teléfono— se descubría que era el de una mujer, podría decirse, pulposa: busto y trasero

importantes, piernas fuertes, como las de una deportista inactiva desde haría no más de dos años. Los brazos eran un poco delgados en relación con el resto del cuerpo, pero no lo desmerecían. El descubrimiento de la notable materialidad del cuerpo de Patricia impulsó a Cindy a hablarle de él, desde la cuestión de las dietas hasta las enfermedades o períodos menstruales; el énfasis en esos temas, pensó, daría más realidad a Patricia. Enseguida comprendió su error. La materialidad del cuerpo no acarrea realidad, sino más bien lo contrario. Patricia hablaba de su cuerpo como de cualquier elemento exterior a ella, de su propiedad pero no constitutivo. Tal vez, pensó Cindy, era como un espíritu que habita un cuerpo elegido al azar. Que sabe que lo necesita, que es el único alojamiento posible. Aunque esa explicación era particularmente desacertada en el caso de Patricia: no se podía pensar en un espíritu habitando un cuerpo, puesto que, dados a escoger entre cuerpo y espíritu, el problema crítico estaba aquí en la falta de espíritu. Cindy debió arrastrar esa contradicción, como tantas que le proponía la mera existencia, o la mera presencia de Patricia.

"Es mi cumpleaños. Voy a hacer una reunión en mi departamento", anunció un día Patricia. Se trataba del primer evento en que lo central era ella, y Cindy tenía curiosidad por ver qué sucedía. Concurrieron unas siete personas, que nunca llegaron a concentrarse demasiado en las conversaciones; siempre parecieron estar conscientes de a qué hora habían llegado, qué hora era y a qué hora se irían. La reunión terminó enseguida, mucho antes de la de por sí temprana hora de finalización prevista; sólo pareció animada cuando todos estaban de pie dispuestos a salir, como si ante la convicción de que ya se iban se relajaran y pudieran charlar un poco, aprovechando la inevitable brevedad de las despedidas. Cindy fue la última en irse, antes que Brad, por supuesto. El resultado de la reunión hizo sospechar a Cindy que su idea acerca de la irrealidad de Patricia se comproba-

ba. Su materia no ejercía la gravedad suficiente para que siquiera un pequeño grupo de personas girara por un rato alrededor de ella. Era como un imposible astro que erra por el cosmos sin intervenir en absoluto en la física del universo.

Sin embargo, Patricia era la novia de Brad; era evidente que él se sentía atraído. Cindy pensaba una y otra vez en qué sería lo que lo dirigía hacia ella. Durante la reunión, él había estado hablando con las otras personas tan distraídamente como cualquier otro; sin embargo, no había huido como los demás; a medida que quedaba menos gente se iba acercando más a su novia, hasta que ambos se levantaron para cerrar la puerta detrás de Cindy. ¿Cómo podía entenderse ese amor? Brad parecía poseer una clave sobre Patricia, y a la vez ésta era una llave que permitiría acceder a lo que nunca había sabido sobre su primo.

Trató de hablar con él. Pero le resultaba difícil encontrar la manera. Además, él continuaba con su reserva habitual. Un día, al lado de la fotocopidora, Cindy lo abordó: "El otro día vi cansada a Patricia. ¿Está muy agobiada por la edición del libro?". La respuesta normal de Brad habría sido "Está bien, no te preocupes", pero justo apareció uno de los infrecuentes brotes irracionales: "¿A qué vienen esas preguntas sobre Patricia? ¿Desde cuándo te preocupa que alguien tenga cara de cansado?". Agregó un comentario muy grosero, respiró hondo, como diciendo mejor me contengo, mejor que pare aquí, y se levantó y se fue a su despacho. Cindy caminó lentamente desde la fotocopidora hacia su escritorio, y por un buen rato no pudo más que pensar en lo ocurrido.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué quiso decirle con eso? No había ningún derecho; tengo más amigos que Brad, se dijo; me veo mejor que su estúpida novia, en el trabajo me va bien, mi desbalance químico y mi divorcio son cosa del pasado, salgo bastante, vivo en un departamento que es chico y está lejos pero que no está tan mal, y de repente se angus-

tió como si esos datos mostraran un todo que no era mucho, como si los datos mismos barrieran con su realidad. No debía ocuparse de Patricia ni de él. Súbitamente se dio cuenta que la relación con su primo tampoco tenía ninguna realidad. Un primo no es nada, no es un pariente en serio, no es un amigo, ni un amante, ni un marido, ni siquiera un conocido. Ahora su primo la estaba criticando. Los primos no tienen ningún derecho a criticarse entre sí. Alguien se acercó al escritorio de ella y le hizo un comentario trivial; ella respondió y, por alguna razón, se sintió expuesta y un poco estúpida, como si en su actitud o en su ropa o peinado hubiera algo ridículo. Hacía mucho tiempo que no le pasaba algo así, y no estaba dispuesta a volver a sentir eso. De ninguna manera. Trataría de ni acercarse al despacho de su primo.

Pero Brad, al día siguiente, se disculpó; ella aceptó las disculpas, sonrió como diciendo las cosas son más complejas como para resolverlas con estas simples disculpas pero bueno, dejémoslo ahí, y siguió viéndose con Patricia. El distanciamiento con su primo había llegado en un mal momento; ella esperaba conocer más los pormenores de la relación. En particular, Cindy tenía la expectativa de conocer los detalles de la vida sexual de la pareja. Y parecía que no recibiría esa información por parte de ninguno de los dos. En general, los amigos de Cindy siempre se habían sentido en confianza para comentarle sobre esas cuestiones; no Brad, ni ningún otro pariente, por supuesto. Y si bien Patricia le hablaba de cuestiones orgánicas, no pasaba al tema del sexo, tal vez a causa justamente del vínculo familiar: Patricia pensaría que hablar con Cindy de esas cuestiones era una manera de difundir dentro de la familia de Brad un tipo de información que él había decidido guardar.

En la visita siguiente que hizo a Patricia, Cindy estaba entre impaciente e irritable, y sin ganas de hacer el despliegue de energía de siempre para sostener la conversación.

Patricia, ese día, tuvo más espacio para hablar, y habló más. Cindy la oía y se preguntaba cómo era posible que en este mundo hubiera una persona tan aburrída. Con Patricia era imposible reírse. Y se reía poco, también. Pero ese día contó algo que consideraba divertido, y terminó su relato con una risa. En realidad, lo que contó no era nada divertido, era asombrosamente tonto, nada en el mundo tenía menos gracia que eso. Al salir del departamento, quería recordar qué había dicho Patricia, pero le resultaba imposible. Entró a un café, decidida a quedarse un rato tratando de acordarse. Como no podía, pensó en comentarios equivalentes. Concluyó que la pavada hipotética que representaba mejor la que Patricia había proferido era: "le dije al supervisor de la editorial que ese vaso está un poco vacío, y él me dijo sí, pero menos que en un rato", o no, "ni tanto ni tan poco", y entonces, después de decir algo como eso, Patricia se había reído, mucho; fue una de las veces en que Cindy la vio más feliz.

Patricia no se veía muy infeliz, pero a Cindy la asombraba el poco entusiasmo que transmitía por sus actividades. Las describía y no se quejaba, ni siquiera ponía mala cara, pero el efecto en cualquiera que la escuchaba era que esas actividades no tenían atractivo alguno. Por ejemplo, su doctorado y su laboriosa edición del libro sonaban como algo casi deprimente, aunque antes de conocerla cualquier persona con un doctorado y con capacidad para editar un libro adquiriría para Cindy un cierto misterio, tal vez porque ella no había podido terminar su modesta maestría en Negocios y no había campo alguno en que pudiera editar las cosas de nadie, en el que fuera particularmente necesaria: aunque cumplía las exigencias de su trabajo, sabía que lo podría hacer casi cualquier persona. Lo mismo sucedía con el hecho de que Patricia hablara más de una lengua. A veces la escuchaba hablar en español, y no era como que la comunicación se desataba, lo que es común que suceda

cuando uno de golpe observa a una persona saltar a su lengua nativa; aun en español parecía manejar una lengua también aprendida. Cindy observó que en general los hispanos le contestaban a Patricia como a una norteamericana que había estudiado la lengua. ¿Era posible que no tuviera lengua materna alguna, y que hubiera aprendido las dos? Tal vez fuera la falta de entusiasmo en general lo que producía ese efecto. Es cierto que a veces Patricia se entusiasmaba, pero por cosas inesperadas e incapaces de arrastrar a un tercero. Una vez que caminaban por la calle dijo "Qué lindo ese café, está tan bien puesto, es tan agradable ir allí a la tarde", y Cindy miraba alternativamente a ella y a ese café, tan parecido a tantos otros, y la veía tan entusiasmada, pero a la vez había algo insuficiente en ese impulso, era como el breve arranque de entusiasmo de una niña cansada.

El aspecto cansado de Patricia se agudizó cuando debió soportar una enfermedad por la que no podía trabajar, a veces ni siquiera moverse. Era un proceso viral, informaba su voz desfallecida, que debía pasar, tarde o temprano. Le hicieron análisis que determinaron con rapidez que, en efecto, no había nada que hacer más que esperar. Tenía algo de fiebre de modo constante; cuando le parecía sentirse un poco mejor y trataba de leer o caminar le venía un cansancio fulminante que la hacía ir a la cama y dormir por horas. Cindy empezó a visitarla con mayor regularidad. La encontraba arrellanada en el sillón, las persianas bajas, la voz más lenta y apagada, ojeras muy marcadas. No podía hablar por mucho tiempo, y tampoco podía concentrarse mucho en lo que otros decían; Cindy estaba más relajada, no tenía necesidad de aportar energía a una charla por la que Patricia se hubiera sentido sobrepasada. Lo primero que pensó Cindy fue que esa enfermedad se correspondía con la falta de realidad de Patricia, como si sus distintos órganos percibieran que la causa común por la que funcio-

naban no tenía entidad suficiente y entonces se rebelaran, o, más que rebelarse, se desanimaran o distrajeran, como empleados públicos de un Estado que está por disolverse o que ya no existe.

Patricia se hizo nuevos análisis que insistían en declarar que ella no tenía nada, y que sólo cabía esperar que el virus "pasara". Los análisis eran tan inútiles como caros, y Cindy le preguntó de dónde sacaba el dinero: la ayudaban un poco los padres, desde su país; un poco Brad, un poco ella tenía ahorrado; un poco, muy poco, es cierto, lo ganaba ella, pero claro, a la larga no le iba a alcanzar; "necesito resolver mi situación", decía Patricia. Se hace la prudente pero gasta todo lo que tiene que gastar, pensaba Cindy, y tuvo la sensación de que aunque tuviera que gastar muchísimo más dinero, ese dinero aparecería; las explicaciones con tono responsable, levemente preocupado, iban a ser las mismas, y, aunque no tuviera gastos y ganara un buen sueldo, su actitud responsable y prudente frente al tema económico sería también la misma.

Ese período fue el mejor de la relación entre ambas, por lo menos del lado de Cindy. A pesar del tema del dinero, de su evaluación inicial sobre la causa de la enfermedad, o tal vez porque lo que le sucedía a Patricia comprobaba sus intuiciones, había dejado de pensar tanto en la idea de la falta de realidad de su amiga. Cindy mantenía conversaciones sin ninguna dirección, relajada e imprecisa; hablaba de temas a los que antes le habría resultado incómodo aludir, como los resultados de las citas que arreglaba en sitios de internet, y se quedaba hasta que notaba que a Patricia le costaba responder; entonces ésta se iba a la cama y Cindy a su casa. Cuando se cruzaba con su primo se sentía un poco culpable, como si estuviera involucrada de alguna manera en las causas de la enfermedad. Entonces Cindy lo saludaba con naturalidad, incluso con el tono algo insolente que le salía frente a las personas que no estimaba mucho

y que mostraban algún tipo de actitud crítica frente a ella, y se iba.

A los seis o siete meses, Patricia se recuperó de su enfermedad; el cambio fue tan evidente, radical y natural, como el paso del invierno a la primavera. Cindy se encontró con ella, un día, en el café que la entusiasmaba. "Oh, quería salir, estuve tanto tiempo encerrada", dijo, y era obvio que disfrutaba intensamente de su querido café. Estaba radiante. Mientras Patricia hablaba maravillas de un cappuccino especial del lugar, Cindy recordaba una planta que había agonizado por meses hasta que se la dio a alguien, y cuando visitó a ese alguien la vio firme, espléndida. Era una planta común, de hojas muy grandes, sin flores. Se acercó y rozó las hojas brillantes con el dedo, y sintió que la planta le decía te dejo que me toques porque estoy mejor y puedo resistir pero no me hace mucha gracia. Patricia, en cambio, brillaba en el silloncito del bar pero parecía gustarle que ella participara de ese brillo. Estaba más animada que nunca; nunca como entonces habría sido menos necesario que Cindy aportara intensidad alguna a la conversación. Un rato más tarde, Brad pasó por el café. Cindy se notó bien tratada por él, incluso con cariño. Se sentó al lado de Patricia, por supuesto. Ésta ordenó un cappuccino especial para él; mostraban una vitalidad inusitada. En el momento en que el retrato de la pareja brillaba más, Patricia anunció que se casarían antes de fin de año.

Las ideas de Cindy sobre la falta de realidad, que se habían atenuado durante el período de la enfermedad, reaparecieron con violencia. Patricia brillaba pero Cindy le veía algo que la separaba por completo de su entorno, como cuando se efectúa un montaje fotográfico, agregando una figura a un fondo. Incluso el mozo que se acercaba, amabilísimo, a tomar el pedido del nuevo cappuccino especial, y que se atrevía a hacer un comentario simpático, parecía no verla: era como un actor que le habla a algo que no está

sino que se agregará en el montaje. Del mismo modo, el brazo de su primo, que se apoyaba sobre los hombros de Patricia, sólo estaba exhibiendo la destreza técnica que permitía crear imágenes como ésa, entrelazando figuras presentes con inexistentes.

Desde que en Cindy reapareció y recrudesció su inquietud por la falta de realidad de Patricia, empezó a percibir esa expresión en muy diversas situaciones. Escuchó una y otra vez referencias a la falta de realidad de algún político, cuando hablaba de proyectos impracticables, o cuando efectuaba una mala o sesgada evaluación de algún fenómeno. La vio también en los carteles de la entrada de un instituto budista. "Como un dibujo en el agua desaparece por sí solo, las apariencias falsas se desvanecen automáticamente cuando se comprende su falta de realidad", afirmaba el texto. Cindy notaba la falta de realidad de Patricia, pero ésta no se desvanecía como los dibujos en el agua, sino que pesaba cada vez más. "Más allá de la realidad esencial, no hay nada. Esto es la visión del Mahamudra", enfatizaba el folleto, casi con cierto enojo ante una posible mirada escéptica. ¿Cómo percibir esa realidad esencial? Cindy había hecho un curso de budismo, años atrás, y se había entusiasmado, pero ese entusiasmo pasó y sólo le quedó de ese tiempo un amigo con el que recordaban a la profesora de yoga y se reían de ella. Las ideas budistas en sí se habían desvanecido como si no tuvieran realidad alguna, como si ellas mismas fueran esos dibujos en el agua.

Más que con los postulados budistas, Cindy se inquietó cuando vio la frase en un test para el diagnóstico de la depresión. Uno de los ítem que el posible deprimido debía completar era el de "Despersonalización y falta de realidad", que podía ser "ligera, como sensación de irrealidad", "moderada, con ideas nihilistas" e "incapacitante". Su sensación de irrealidad se solía limitar a Patricia, y no era ligera sino extrema, pero a la vez no era incapacitante; a ella le

iba muy bien en el trabajo y en general. Se enojó con esos formularios, se imaginó a una enfermera observando sus respuestas y se irritó más.

Después de la curación de Patricia y del anuncio del casamiento, los complejos sentimientos de Cindy se unieron en una continua irritabilidad. Todo lo que decía Patricia la enfurecía; quería contradecirla, y se esforzaba en encontrar razones que justificaran esa reacción. Sin embargo, Cindy no llegaba a manifestarle su enojo. Ella era la clase de persona que podía permitirse hacer comentarios contundentes y arbitrarios, pero algo la hacía contenerse, como si siempre estuviera a la espera de que sus conflictos con Patricia se resolvieran, e intuía que si daba rienda suelta a sus reacciones quebraría, tal vez, la posibilidad de una comprensión mejor. O le traería mala suerte.

El enojo y la necesidad de contradecirla le aparecían no tanto cuando estaban a solas sino en situaciones sociales. Una vez Patricia estaba haciendo comentarios críticos sobre un profesor del departamento de Educación de una universidad. Era raro que ella criticara a alguien, pero es que, decía, su conducta era tremenda: "producía" mucho, es decir, publicaba libros y artículos y hasta salía en los diarios, pero no se ocupaba de sus estudiantes, sólo le importaba su reconocimiento profesional, era descuidado con sus amistades y con sus colegas. Cindy se sintió violentamente a favor de la persona criticada, y hubiera querido decir que esa persona sabía qué quería y se movía en consecuencia y no se comportaba como ella, tirada por meses enferma en una cama o portándose bien pero sin hacer nada que los demás admiren, o al menos reconozcan. En otra oportunidad Patricia se plegaba a las críticas de terceros sobre las políticas de Estados Unidos hacia el resto del mundo. Cindy quería decirle: tendrías que agradecer que el mundo es como es para que estés ahí sentada en ese sofá, cómoda en tu departamento, tan desabrida y pulposa, con tu novio futu-

ro marido norteamericano que resolverá el problema de tu visa y tu seguro médico y todo, y deberías rogar que el ejército americano siga dando vueltas por el mundo para que, de rebote y como efecto no deseado por nadie, estés protegida tomando un cappuccino especial en ese café que te gusta tanto. Cindy incluso empezó a ver peligrosa a Patricia. Era tan obvio que estaba protegida por un azar del destino y no porque en ella hubiera algo que moviera a protegerla que tal vez hubiera algún desastre imprevisto en Chicago, como los aviones de Nueva York o algo aún más catastrófico, de modo de corregir la parasitaria irregularidad de Patricia aprovechándose furtivamente de un mundo creado para gente que sí tiene realidad.

Patricia también hablaba contra el machismo, contra el autoritarismo... Cindy intuía que Patricia nunca caía en esas cosas criticables como consecuencia, en última instancia, de su falta de realidad. Patricia no es tan buena persona. ¿Quién la imaginaría con un exceso de bondad? No parecía haber en ella contradicciones, ni nada, nada de lo que hace que una persona sea real. Es como el personaje de una historia mala y aburrida que, gracias al cielo, nadie escribirá.

Era así como Patricia andaba por el mundo paseando su buena educación, sus problemas que podían explicarse y superarse. Decía, por caso, es difícil que acepten algunas de las correcciones que hago al libro. Es mejor para mi visa que me case antes de fin de año. Pero nadie podía solidarizarse mucho con esa búsqueda de superación de problemas, porque pueden verse tan pocas formas de felicidad emanadas de esa resolución. Un día, sí, todo eso se va a resolver, ¿y qué? No hay gloria alguna en los pasos que Patricia va cumpliendo. Y no es que las cosas que hace sean importantes o no. Cindy se acordó de una película en que dos chicos se hacen cargo de una lavandería y la dejan preciosa, a ella le hubiera gustado que esa lavandería existiera y que esos dos chicos estuvieran allí para ir a visitarlos y

llevarles su ropa. En cambio, ¿a quién, realmente, puede parecerle más atractivo el mundo con los problemas de edición y visa de Patricia resueltos?

Un día Cindy conoció en una fiesta a un muchacho que había sido alumno de Patricia en la universidad. "Oh, qué aburrimiento", decía el chico. Cindy estaba feliz. Era un extremo del aburrimiento más allá del cual nada puede ser pensado, enfatizaba él entonces, y ella reía y se abrazaban. Hablaron mucho de Patricia. La relación fue breve pero, para Cindy, muy importante; él era el emisario de una instancia superior que enviaba una señal de que ella poseía una verdad.

Después del período de furia, se sintió profundamente deprimida. Su obsesión no llegaba a ser incapacitante, es decir, seguía yendo a trabajar y salía y se arreglaba muy bien, como siempre. Siguió visitando a Patricia con moderada regularidad. Cindy ya no hacía los esfuerzos conversacionales de la primera etapa, tampoco divagaba, desinteresada y distendida, como el período de enfermedad; tampoco tenía diálogos breves con un tono algo cortante como en las semanas de furia. Pasó a una actitud resignada y un poco melancólica. Fue entonces cuando Patricia se mostró más cercana, trataba de ayudarla con los problemas que ella parecía tener, sin llegar a ser invasiva, por supuesto.

Los meses pasaron y a la noticia del casamiento se sucedieron otras: Brad había conseguido un trabajo muy bueno en Houston, Texas, y allá se irían. Además, iban a tener un hijo. Anunciaron que iban a hacer una reunión importante, de festejo, de despedida, de todo. Patricia le informó sobre la reunión con un tono serio; era muy importante. No iban a gastar mucho dinero, la situación financiera de ellos era un poco compleja, aunque por suerte ella ahora tenía crédito; necesitaban ahorrar, pero querían que saliera bien. Era el cierre de tantas cosas.

A la reunión de despedida fueron los compañeros de la oficina, amigos de Brad, y parientes que Cindy no veía desde hacía tiempo y que apenas tuvo ganas de saludar. Por el lado de Patricia sólo fueron los que la habían visitado para el cumpleaños, con aspecto de farsantes, como si hubieran sido contratados para hacer creer que Patricia tenía ámbitos propios, pensó Cindy. También fue el inescrupuloso profesor de Educación.

Patricia y Brad circulaban por la sala, ocupados, animados. Cindy los seguía con la mirada, buscando señales que evidenciaran los cambios inminentes: el casamiento, el nuevo trabajo, la mudanza, el hijo. Tan poco tiempo atrás, no parecía posible que nada de eso fuera a suceder. Fue como si el destino, después de mucho tiempo de vacilaciones burocráticas, se encogiera de hombros ante la obvia irrealdad de Patricia y, ante los formularios que ésta había completado y presentado con toda propiedad, por fin una importante mano los tomara y los sellara uno por uno, cuidadosa y sonoramente, y que la vida o lo que se le parezca siga.

Así que Patricia estaba ya habilitada para ser todo lo que alguien en Estados Unidos puede ser. Tanto esfuerzo para que el anuncio de su ingreso a la realidad fuera esa reunión desabrida. ¿Patricia sería más real en otro país? Cindy sospechó que había escapado de su país buscando ser real. Hubiera sido más lógico que eligiera un lugar tropical. Ella decía que su país de origen no era muy tropical, y que la gente era como ella, quién sabe queriendo decir qué. Además, en invierno, allá, hace frío. Qué horror debía ser ese país, pobre y con invierno y con gente como ella, como algún lugar de la Europa comunista. Pero mi país no era ni es comunista, se impacientó Patricia ante un comentario sobre el tema. No tenía derecho a quejarse o impacientarse, pensaba Cindy mientras miraba a Patricia irse hacia otra zona de la reunión, qué derecho tenía si nunca se

entendía del todo lo que decía y, sola en un sillón, en lugar de enojarse como siempre Cindy casi se larga a llorar.

¿Por qué Patricia no se había ido a un país con sol y selva y nativos, donde la piel blanca y los ojos marrón claro y toda ella sería otra cosa? La gente se preguntaría qué había en su pasado que la había llevado allá, ayudaría a gente concreta, no como en Estados Unidos donde su mérito era apenas conseguir estar, estar lo más del todo posible, oficializar su existencia. Cindy nunca admitiría la existencia de Patricia; si de ella dependiera nunca, nunca habría sellado esos papeles. Patricia contaminaba irrealdad y lo seguiría haciendo, más ahora que tiene papeles, novio, crédito, esposo, hijo. Cindy supo que tenía que irse de esa reunión. Un triste encuentro de fantasmas sin gracia. Se acordó de una película de terror que años atrás había conseguido espantarla. Un hombre loco da vueltas por una casa poseída, un inmenso y lujoso hotel vacío en las montañas nevadas. Entra a una gran sala y ve una gran reunión de gente con glamour, que hablan y flirtean y toman champaña y ríen y son sólo fantasmas, pero al menos tienen un encanto, pensó Cindy, que no tiene esta triste reunión de fantasmas vestidos sin ninguna gracia en este piso de Chicago. El que ideó esta fantasía ni siquiera contrató a un vestuarista lo suficientemente creativo para que se lucieran un poco, en contraste con su inquietante inexistencia.

El tremendo desánimo de Cindy, en un momento, pasó. No tenía que hacer nada, nadie esperaba que ella aportara nada a la reunión, se iba a terminar y, después de todo, Patricia y Brad abandonarían la ciudad. Alguien se acercó a Cindy para decirle que se iba, si no quería que la llevara también a ella. "Claro que sí", dijo, "es un buen momento para irse". Saludó con ligereza a Patricia y a Brad, como si se fueran a encontrar al otro día, aunque presentía que no los iba a ver más.

En efecto, Cindy no los vio durante el mes que pasó entre la reunión y el viaje a Houston. Brad ya había dejado la oficina, lo que la tranquilizaba. Sin embargo, a veces también se sorprendía extrañándolo un poco. Patricia dejó en la casa de Cindy dos mensajes por teléfono que no tuvieron respuesta. Ésta recibió también, en la oficina, la invitación para el casamiento. Al lado de la fotocopidora había un mapa de los Estados Unidos; miró para precisar dónde estaba Houston. "Brad viaja hoy", le dijo a un compañero que pasaba por ahí, que no se detuvo para charlar del tema. Houston, un lugar que dicen que es tan feo. Sin embargo, estaba cerca de la costa; ¿habría playas? Nunca había escuchado sobre las playas de Houston. Pensaba en Patricia y Brad en ese lugar y el que perdía realidad era Brad. Miró por la ventana la estrecha perspectiva de la calle, el tren que en ese momento cruzaba. Desde ese piso tan alto Chicago se veía tan sólida, tan material, tan real. Ella misma se sintió tan sólida y material como el cemento de los edificios. Aún bajo la influencia de esa sensación, percibió el contraste con la materia viva de Patricia y Brad, tan viva que hasta engendrarían un hijo. ¿Cómo sería un hijo de Patricia? De Brad era fácil imaginarlo. Era extraño pesar en ese niño; Cindy temió por él, como si algo de la irrealidad de Patricia pudiera afectarle, algo del terreno de la enfermedad que había padecido por meses. Igual, las condiciones físicas para tener el niño implican más materialidad que realidad, y Patricia era, sin lugar a dudas, material. Por otro lado, dicen, los niños necesitan figuras paternas y maternas, y ella puede cumplir el rol de una figura, que por definición es algo de dudosa realidad. Además, los hijos en general ni se dan cuenta de cómo son realmente los padres, y viceversa, así que era posible que ese hijo no notara nada raro en su madre. Cindy tuvo la convicción de que no vería más a Patricia, tal vez tampoco a Brad, incluso ni conocería al hijo. Se perderían como figuras en el agua. ¿Los ex-

trañaría? Ya empezaba a sentir la ausencia de su primo, pero sin duda dejaría de pensar en él enseguida. En cambio, Patricia no dejaba vacío alguno, pero intuía que seguiría pensando en ella. A la larga también la olvidaría a ella, se dijo, y miraba la calle por la estrecha ventana, el día húmedo y nublado. ¿Efectivamente dejaría de verlos? Lo seguro, en principio, pensó, era que al casamiento en Houston no iba a ir. Aunque faltaba un mes, quién sabe. Dicen que es una ciudad muy abierta y extendida; no existiría lo que ella estaba viendo por esa ventana, esa edificación apretada, ese tren que parecería que va a chocar con las paredes de los edificios. Seguir observando las construcciones altas y sólidas la ayudaba a estabilizar sus sentimientos. Pero, bueno, no podía quedarse toda la vida mirando por la ventana; suspiró y, por fin, fue hacia su escritorio.

## La vida perdurable

*a José Fraguas*

Una ciudad como Buenos Aires, una ciudad llamada Buenos Aires, destruida por completo. ¿Era realmente Buenos Aires esa ciudad? La película mostraba a un matrimonio que filmaba un video casero para enviar a un hijo que estaba muy lejos, tal vez ni siquiera en la Tierra. La casa de ese matrimonio era de ambientes grandes, soleados, con amplios ventanales que daban a un verde jardín. De golpe, el cielo se ennegrecía. El hombre y la mujer dejaban de hablar para la cámara, esto es, dejaban de hablar para el hijo ausente, y sus miradas se dirigían al cielo. “¿Qué es eso?”, murmuraba la madre. El video familiar se interrumpía, y la película pasaba a mostrar las imágenes de una inmensa ciudad destruida, millones de muertos entre barro y escombros.

El bar estaba casi vacío. Sólo yo ocupaba una de las mesas. El aparato de aire acondicionado apenas podía mitigar el calor que irradiaba la calle. El bar había pasado por una época mejor; lo que se veía desde las ventanas había pasado también por una época mejor. Era fácil pensar, en ese lugar, que el mundo entero debía haber pasado por una época que no podía ser sino mejor. Todo tenía aspecto de seguir subsistiendo simplemente porque alguna vez ha-

bía empezado: no podía ser así el primer momento de nada vivo. Si algo tuviera que comenzar de ese modo —miré los tristes edificios de la vereda de enfrente— no tendría fuerzas siquiera para el primer impulso que lo arrojaría a la vida. Lo más animado en mi entorno eran los movimientos y los colores de la pantalla del televisor, a los que sólo yo atendía, y que procuré ignorar.

Ese bar, me habían dicho, era el único que quedaba en Mendoza. Ubicado al lado de los edificios del gobierno, no era estrictamente un bar: había un par de mesas y uno podía sentarse y ser atendido, pero existía casi sólo en función de preparar la comida que les encargaban los empleados de las oficinas públicas. Un hombre pasó por la vereda, con paso rápido y a la vez un poco vacilante. Era igual a Hugo. Yo hubiera podido decir: era Hugo, pero era imposible que lo fuera porque Hugo estaba muerto. Además, era igual a Hugo pero cuando lo había conocido, en Buenos Aires, muchos años atrás; él era mi jefe en una empresa en la que había trabajado en mi adolescencia. Si Hugo estuviera vivo, no se parecería a ese hombre, o tal vez sí. Qué difícil es imaginar cómo puede envejecer alguien; los que uno ve con cierta frecuencia van corrigiendo las distorsiones de nuestra memoria o nuestras hipótesis acerca de cómo serían en el futuro. El aspecto de los otros sigue un itinerario que nos es imprevisible; el talco en la cabeza y el torpe maquillaje con los que hacen “envejecer” a los actores en las películas malas producen algo más parecido a lo que podemos imaginarnos que lo que genera el real paso del tiempo. ¿Qué edad habría tenido ese hombre, cuando dejé esa empresa? Yo una vez lo había encontrado, fuera del trabajo, pocos meses después de mi renuncia; él esperaba un taxi en una esquina. Había sido raro verlo fuera del natural contexto de la oficina; parecía un actor que se iba de un teatro y seguía medio caracterizado por el mundo, un poco incómodo a la luz del día, caminando con paso inseguro como el

hombre que vi pasar por la vereda, frente al triste bar del centro de Mendoza.

Era la hora del almuerzo, y miraba a los dos hombres que preparaban las comidas, al de la caja, a los que salían y entraban trayendo y llevando los pedidos, y naturalmente asigné a cada uno la representación de algún muerto conocido. Sentí afecto por esos seis o siete empleados serios, concentrados. Uno parecía el encargado de la ferretería que había estado cerca de mi casa; otro, un joven médico que vivió en el departamento contiguo al que había sido mío; el tercero, un policía que había estado por años en una esquina que yo frecuentaba. Traté de encontrarlos parecidos a alguna persona viva, y no pude, y cuando dejaba de asociarlos con algún muerto se me perdía el afecto, la simpatía hacia ellos.

El auto se detuvo justo frente a la ventana, frente a mí. El chofer bajó, entró al bar, cruzó dos palabras con el hombre de la caja, me señalaron. Yo asentí y me incorporé. El chofer no necesitaba ninguna explicación; era obvio que el cliente era yo: lo habría sabido desde el momento en que acercaba su auto a la vereda. Sabía también que debía llevarme hasta el aeropuerto, pero de todos modos le indiqué: “Hasta el aeropuerto, por favor”, y entonces él hizo un leve gesto de asentimiento y arrancó.

Íbamos a mucha velocidad por calles más que arruinadas. Yo miraba las dos imágenes del taxista: por un lado, su silueta de espaldas, su nuca; por otro, su cara en el espejo retrovisor. Frente y espalda correspondían a dos personas distintas. El conjunto de cabeza, cuello, hombros daba imagen de firmeza, de solidez, e incluso de cierta distensión. En cambio, la cara, según el rectángulo que se veía en el espejo, mostraba una mirada cansada, ojerosa; una piel que habría soportado por años el aire seco y caliente, que no la había curtido sino simplemente consumido hasta formar una irregular superficie morena, delgada, casi traslúcida.

¿A quién hablarle? ¿Al hombre de espaldas o al del espejo? Con cada uno de ellos habría adoptado una actitud un poco distinta. Elegí un tono más bien general.

—¿Cuánto falta para llegar al aeropuerto?

—Veinte minutos. ¿Adónde viaja?

—A Buenos Aires.

El hombre demoró un poco en retomar la palabra:

—Yo viví un tiempo en Buenos Aires, hace mucho... ¿Le molesta que le hable de Buenos Aires?

—No, para nada —dije, muy tranquilo—. No me molesta en absoluto.

El rostro del hombre podría ser el de José, pensé. José era un hermano de mi madre, muerto mucho antes de que yo naciera. Desde que tengo memoria conozco el relato sobre José: un hombre que murió joven, de tuberculosis, por llevar una vida disipada: “Nunca se cuidó”, “Nunca quiso formar una familia”, decía mi madre... Digo que “murió joven” pero siempre para mí fue un adulto, un hombre siempre mayor de lo que yo podría llegar a ser.

—Estuve unos meses. Seis. Pensé que iba a trabajar en un taller, de un amigo de mi padre... Pero no pude.

Me reconfortaba que la voz correspondiera más al hombre de espaldas que al del espejo. De acuerdo con su imagen de espaldas, podía ser Pascual. Pascual era el tío de una abuela. La foto de estudio, en color sepia, cuidada, brilló en mi memoria con una nitidez que sólo tienen ciertas imágenes de los sueños. Era muy buena persona, decían. Había muerto en la guerra de Cuba. Ésas son las cosas que, cuando era chico, decían mis padres, o mis abuelos, acerca de los muertos lejanos. Un conjunto de frases, siempre las mismas. “Nunca se cuidó.” “Había muerto en la guerra de Cuba.” “Tenía su carácter.” Frases que, como uno las venía escuchando desde siempre, se aceptaban como si describieran una realidad que sería impensable cuestionar.

Traté de pensar en los que murieron durante mi niñez; no pude recordar ningún caso. Mientras uno está en la infancia parecería que la gente no tiene la posibilidad de morir; existen “muertos” pero que *siempre* pertenecieron a la categoría de muertos, siempre vivieron en un mundo distinto. Los vivos son los que nos rodean, los muertos son aquellos a los que alguna vez se hace referencia, a través de breves relatos siempre parecidos. Imaginé el raro parnaso que habitan esas figuras, en el que siempre hacen las mismas cosas (trasnochar, descuidarse, morir en Cuba, fumar) y vi la posibilidad de pasar a integrarlo, y sentí por primera vez una señal de alerta. Como en un avión cuando suena algún tipo de alarma, a pesar de que no haya ningún movimiento extraño, ninguna anomalía perceptible. En el rectángulo del espejo retrovisor se cruzaron mi mirada y la del taxista, que parecía querer constatar mi atención.

—¿Qué pasó? —pregunté—. ¿Por qué no pudo trabajar?

—Él no quería tomar a nadie más.

—¿Y qué hizo usted, entonces?

El auto circulaba por uno de los barrios secos, entre el centro de la ciudad y el aeropuerto. En un tiempo esas calles habían tenido una arboleda densa, alimentada por el agua que diariamente hacían correr desde un dique por las cunetas que bordeaban las calles. Pero después de la primera de las temporadas con fuerte escasez de agua, no se volvió a usar la poca agua disponible para alimentar los árboles, y sólo quedaron los troncos secos.

A medida que cruzábamos ese barrio insolado, el hombre me describió su temporada en Buenos Aires. Primero descubrió que no tendría trabajo, después le robaron (no entendí si en una pensión, o en la calle) y estuvo sin dinero para volver a Mendoza y con vergüenza para llamar a sus familiares y explicarles la situación. Por fin, la madre lo buscó, a través del mecánico que no lo había empleado, y le envió dinero para que volviera a su provincia.

—Bueno, pero entonces usted estuvo muy poco tiempo en Buenos Aires.

—Seis meses le dije.

Traté de imaginar un muchacho solo, seis meses, sin dinero ni trabajo ni conocidos, y me inquieté. ¿Qué habría hecho en todo ese tiempo? Se lo pregunté, pero no me contestó, se encogió de hombros, nunca me enteraría de lo sucedido en esos meses que dejaba fuera del relato.

—¿Había venido, ya, a Mendoza? —cambió el tema y también la actitud; tal vez se había arrepentido del curso que tomaba la conversación.

—No.

Mi avión saldría en dos horas, le pregunté si podía hacerme recorrer un poco la ciudad (“Llegué esta mañana y no vi nada, y quién sabe cuándo vuelvo”). Tomó con naturalidad mi pedido, pensé que muchos le habrían requerido algo semejante. Me llamó la atención que no me preguntara qué había venido a hacer a Mendoza; supuse que estaría acostumbrado también a llevar y traer funcionarios del gobierno desde el centro al aeropuerto y viceversa.

Me mostró una pequeña plaza que la municipalidad seguía regando, un monumento a la virgen María un poco abstracto —era necesario que alguien dijera que representaba a la virgen; podría haber sido un cohete, o un pino—, vi otro monumento con forma de cóndor, que no recuerdo bien qué representaba ni a quién estaba dedicado; tal vez en efecto imitaba y homenajeara a los cóndores. Él parecía contento mostrándome esos objetos, yo pensaba que en ese momento sólo me hubiera agradado estar oculto en un lugar oscuro y fresco. Miré hacia el oeste, hacia las sólidas y homogéneas cadenas de montañas; se las veía más oscuras que la ciudad, que irradiaba íntegramente una inaguantable claridad de corralón, y sin duda serían más frescas.

—Querría ir a las montañas —dije.

—Un amigo se fue a vivir a las montañas, hace poco. Muchos acá se están yendo, dicen que cuando llegue el fin del mundo van a ser los únicos que se salvarán.

—Claro, en las montañas se vuelven inmortales —me reí.

Hicimos silencio por un rato. Yo seguía mirando las montañas; me atrajo la idea de acercarme a ellas, de ser una “persona que se va a las montañas”. Parecía que nada pudiera afectarlas, era fácil crearse la ilusión de que eran un lugar protegido. Un lugar, incluso, que la muerte no podría alcanzar. Pero en medio de esa ciudad desolada parecía difícil imaginarse a salvo o, justamente, sólo sería posible vivir si se cree en la existencia de un lugar protegido, un verde y posible paraíso al que uno sería llevado. Pensé si sería cierto que el taxista conocía a alguien cercano que se había ido a las montañas, si no estaría adjudicando a otro su propia ilusión. Pensé en decirle: no hay lugares en la tierra donde uno no muera, no hay lugares en la tierra que no mueran, el planeta mismo no encontrará la forma de no morir. Me causó gracia la imagen de ese pobre hombre en ese auto, llevando a un pasajero con ropa y anteojos oscuros y aún más oscuros pensamientos.

—Creo que se me está haciendo tarde; por favor, lléveme al aeropuerto.

—No se preocupe, no va a llegar tarde.

Llegamos después de quince o veinte minutos. Le pagué, le dejé una buena propina (no me agradeció mucho; todo el mundo le dejaría una buena propina), pasé las puertas del edificio; vi a través de los vidrios el auto del taxista de regreso a la ciudad, un pequeño insecto adaptado al paisaje desierto como las arañas o los alacranes.

Atravesé el hall central del aeropuerto. Había muy poco movimiento; todavía no había llegado la gente para el vuelo que yo tomaría. Me senté en la confitería. Intenté buscar algún lugar desde el que se viera el exterior, desde donde pudiera ver las montañas, pero no había. Me pregunté cómo

era posible que hubieran hecho ese aeropuerto de modo tal que no pudiera verse, desde ningún lugar, las montañas. En una de las mesas ocupadas, dos hombres hablaban muy concentradamente, con aspecto de estar ocupados en algún tipo de negocios. Debían ser vendedores de algo, o muy pequeños empresarios. No parecían pertenecer a la clase de gente que se pudiera solidarizar con mi crítica sobre la falta de vista hacia las montañas en el aeropuerto. Un muchacho de unos veinte años dormía en un sillón. Parecía Alejandro. Alejandro era un empleado de un negocio cercano a mi casa, a quien vi morir en un accidente de tránsito. Yo esperaba un colectivo, y un auto atropelló a Alejandro, que estaba cruzando la calle. El cuerpo rodó hasta quedar exactamente a mis pies; yo me quedé inmóvil observándolo; me sentí un dios que recibe un sacrificio humano, como si el cadáver de Alejandro —me enteré de su nombre al día siguiente de su muerte— me estuviera dedicado, y me sobrevino una sensación de culpa. Pensé en los pobres dioses condenados a habitar una estatua frente a la que los fieles arrojaban, como supuesta ofrenda, sangrantes corazones, de animales o humanos; a veces, peor aún, dejaban cuerpos enteros muertos o agonizantes —¿o sería peor arrojar sólo el corazón?—. Aunque lo peor de todo, sin duda, debía ser obligar a un dios a habitar una estatua que representa en sí un cadáver o, al menos, un cuerpo agonizante —¿está Jesús en las cruces agonizante o ya muerto?—. El aeropuerto tenía una especie de capilla, pensé en ir para analizar la imagen del Jesús que allí se exhibiría, pero no fui.

Lo que quería tener era algún tipo de contacto con alguien; me hice controlar el pasaje. El empleado me atendió con concentración y rapidez, como si la tarea fuera más seria y complicada de lo que era, y como si hubiera mucha gente esperando. Yo habría querido que demorara un poco y me dijera algo, no que me atendiera como si yo me hubie-

ra acercado para evaluar su responsabilidad y capacidad ejecutiva. Nuevamente sin nada que hacer en el gran hall semidesierto, me acerqué hacia el bar, hacia la pantalla de televisión. Allí se informaba sobre muertos por un incendio en un suburbio al sur de Mendoza. Me puso triste ver esa gente achicharrada. Pensé qué diferente es la frecuencia de aparición de cadáveres en las pantallas y en nuestro entorno inmediato. Como si la televisión quisiera convencernos de nuestra mortalidad, mientras que cada lugar que pisamos nos querría hacer creer que la muerte no existe. La pantalla se transforma así en el lugar natural de cualquier muerto, una inmensa morgue. Todos miramos los muertos televisivos con indiferencia, pero quién sabe cómo reaccionarían esos dos hombres de negocios si supieran que ese muchacho dormido en un sillón muy cerca de ellos no estuviera dormido sino muerto. Se provocaría un pequeño escándalo, y sería materia de futuros comentarios. Me pregunté qué sentirían los cronistas que debían cubrir cada crimen, cada suicidio, cada atentado, cada catástrofe. Los fotógrafos de prensa a los que les dicen murió tal y tienen que salir corriendo hacia el muerto. Si a mí me disgustaba salir apurado para mi trabajo, no quiero pensar qué sentiría al tener que salir corriendo al encuentro de un cadáver.

Decidí salir del aeropuerto. Aparecí en la gran playa de estacionamiento, en la que me había dejado el taxista. El aire estaba más fresco, la temperatura bajaba rápidamente con el atardecer. Las montañas y el cielo sobre ellas se veían más oscuros. Me pregunté si de noche se veían también las montañas, o si se perderían en el cielo negro. Noté que en ellas se empezaban a ver algunas luces. Los futuros supervivientes. Debía ser mejor sobrevivir en las montañas que esperar la muerte en estas llanuras resacas. Me habría gustado ser una de las luces que se veían desde la llanura, y no el observador.

Volví al hall. El joven, que no estaba muerto, miraba en el televisor las imágenes del incendio. Los incendios, el problema más temido en Mendoza, más que, en otro tiempo, los terremotos. El último incendio había quemado incluso la biblioteca de la Universidad. Es cierto que no era la biblioteca de Alejandría, pero si pienso "bueno, no fue la biblioteca de Alejandría" me entristezco más, como si a alguien se le muriera una persona próxima y otros trataran de minimizar el hecho diciéndole que no murió nadie muy importante, ni Aristóteles ni Alejandro Magno. Los incendios o las inundaciones que arrasaron los campos y ciudades en los últimos tiempos son naturales, y Alejandría fue quemada intencionalmente, pero para las víctimas no hay diferencia; supongo que no hay una diferencia fundamental entre la brutalidad de cristianos o romanos y la de la naturaleza.

Con el correr de los minutos, empezó a llegar más gente. No demasiada. Un hombre muy viejo me llamó la atención, lo veía parecido a alguien; por fin me di cuenta de que lo veía parecido a mí, sin duda yo sería así cuando fuera viejo, y no me gustaba esa predicción. Yo sería así poco tiempo antes de transformarme en nada. Quién sabe cuántos allí tendrían una muerte próxima. Quién sabe en qué orden, cuándo morirían. Imaginé que recibiría una señal: morirían en el orden en el que formarían la cola cuando se diera el permiso de embarcar. Aunque esa señal no sería confiable: ¿morirían primero los que normalmente suben en primer lugar, es decir, los más impacientes? No, esa vez se colocarían en el orden en que se irían de este mundo. Subirían a ese avión que tal vez cruzaba la tierra que separa a los vivos de los muertos.

El muchacho que miraba la televisión había vuelto a la inmovilidad. Tenía ropa informal, gastada, incluso un poco raída. Sin embargo, había bastante cuidado en la selección de ropa raída. Si ese muchacho inmóvil estuviera muerto,

de inmediato se percibiría cuánto había de artificio en el modo de vestirse; sería fácil ver el cuidado en la selección de la camisa y del pantalón, de las zapatillas, del corte en el peinado; todas las cuestiones a las que uno atiende antes de salir a la calle. Siempre son llamativos esos cuidados cuando una persona se transforma en un cuerpo muerto. Cada vez que vi imágenes de un atentado o de un accidente, me era inevitable ver las medias que usaba la mujer, los detalles en los que se había detenido frente al espejo para pasar inadvertida o admirada mientras circulaba por la ciudad; no estaba previsto que cayera en medio de una estación de trenes, o en una esquina, o en el hall de un aeropuerto.

Los parlantes anunciaron que podíamos embarcar. Tenía unos minutos más, y decidí, antes de integrarme a la cola, salir por un momento del edificio. Ya había oscurecido por completo. Me di cuenta de que las montañas no pueden verse de noche. Tal vez, por contraste con el cielo más claro, sí podrían verse en una noche nublada, pero no era el caso; quién sabe si alguna vez el cielo de Mendoza se nublaría. Si se percibían, más precisos que antes, los puntos de luz; una de esas luces correspondería al amigo del taxista, o a quien el taxista o yo mismo deseáramos ser.

Volví al hall. Ya se había formado una cola. El muchacho de ropa raída seguía sentado, inmóvil, como si no tuviera la intención de sumarse a la cola o de entrar al avión, o como si no percibiera el movimiento a su alrededor, o como si lo percibiera pero le generara algún desprecio. El hombre muy viejo y otros de igual edad se quedaban sentados. Que éstos se quedaran sentados hacía poco verosímil mi predicción. Pero casi a la vez que pensé eso se pusieron de pie, se acercaron a la cola y los impacientes los dejaron pasar. Finalmente me agregué yo. No porque pensara que mi último lugar representara el último lugar en el ingreso al mundo de los muertos; me sentía fuera de esa predicción, por ser consciente de ella.

Recibí las sonrisas de la tripulación, y me ubiqué en mi asiento. En la guantera estaban los objetos triviales de siempre: una revista de publicidades de objetos tan inútiles como caros, un sobre vacío, unos folletos de instrucciones sobre qué hacer en el caso de que el avión cayera. Preferí hojear ese folleto y no ver al hombre que concretamente nos estaba dando las instrucciones, haciendo gestos de mimo mientras la voz de otra persona explicaba esos movimientos. En el folleto se veían dibujos un poco anticuados: una mujer con aspecto de ama de casa norteamericana de los años cincuenta toma de su asiento el cojín ("El cojín de su asiento sirve de salvavidas", decía una inscripción), sale por la puerta de emergencia con el cojín, camina con el cojín sobre el ala, salta al agua, flota tranquila agarrada al cojín. Me gustaba leer el folleto como si se tratara no de concretas instrucciones sino de una historieta en que se narra la historia de una mujer segura y dueña de sí que observa cómo el avión cae y hace metódicamente lo que debe hacer hasta quedar flotando en un tranquilo océano: la contracara fantástica de una historia real en que un avión cae al agua y sólo hay un breve, limitado momento de pánico y una larga muerte.

Escuchaba a dos hombres que hablaban en los asientos detrás de mí, todo lo que me llegaba eran referencias a insectos, o animales en general. "Es como un gato grande." "Ah, como el puma de acá." "No tan grande. Entre puma y gato." En ese avión que empezaba a hacer movimientos que no debía (vuelvan a sus asientos, ajústense los cinturones, decía el amable asistente), me di cuenta de que nunca había estado más deseoso de trascendencia. O al menos, de inmortalidad. En realidad creo que estaba, sobre todo, deseoso de sobrenaturalidad. ¿Era posible que todo fuera tan simple como que uno dice unas pavadas por ahí y en unos breves instantes, todo acaba? Los movimientos del avión finalmente distrajeron a los hombres que conversaban; hi-

cieron silencio y, después de unos segundos, uno de ellos comentó:

-Creo que no hay visibilidad.

-Se ve el frente de tormenta. Van a buscar otra altitud.

En efecto, el avión ascendió. El comentario me tranquilizó y perturbó. Por un lado, me tranquilizó que fuera tan simple resolver un problema; por otro, me perturbó que la solución fuera simple, y comprensible para cualquiera: yo prefería sentirme en manos de una tecnología hipersofisticada, oscura para el que no es especialista.

Los movimientos del avión siguieron, sacudidas rápidas y bruscas. Uno pensaría que por estar en el aire los movimientos debían ser más sutiles, y no tenía que parecer que estábamos recibiendo cascotazos, o que entrábamos a una velocidad muy alta en un túnel estrecho chocando áspera y torpemente contra las paredes. Los hombres volvieron a hablar del mundo animal, escuché que "la viuda negra es así de chiquita con puntitas negras".

Se encendió la pantalla del televisor. Nunca me gustó mucho ver videos de música pero quedé fascinado por una mujer alta, negra, hermosa, que caminaba entre góndolas de supermercado; con una mano empujaba un carrito y con la otra iba tomando objetos de las góndolas, un poco al azar, y arrojándolos adentro. Era realmente muy hermosa, y no tenía la concentración un poco pueril a la que se ve exigido cualquier sujeto normal en un supermercado; caminaba con displicencia, tal vez acompañando la música del video -no había sonido, hubiera debido ponerme los auriculares-; tomaba objetos casi sin mirarlos, los que estaban al alcance de su mano, y así, sin detenerse, avanzaba entre los caminos formados por las góndolas. Ella estaba seria con la seriedad no del trabajo intelectual sino del que se complace en moverse para ser observado, con una expresión que parecía decir no me divierto mucho pero soy envidiable.

El video terminó y empezó otro, pero me quedé pensando en la imagen de la mujer que caminaba entre góndolas. Su belleza hizo proyectar en mi memoria, una tras otra, definida e ininterrumpidamente, las imágenes de los muertos que vi durante mi juventud: un hombre que flotaba boca abajo en el agua quieta de los resplandecientes docks de la costa sur; otro que, tal vez víctima de un ataque cardíaco, vi caer de una bicicleta y no moverse más; un tercer hombre extendido en la calle, mal cubierto con una lona, sus brazos y sus piernas asomándose, la sangre de un rojo que parecía transparente, formando manchas en el asfalto negro. Después no recordé cadáveres sino los momentos en que distintas personas me informaron de la muerte de alguien: “No sabes, murió Mónica, la profesora que está de nueve a once”; “Ya vuelvo, parece que murió la vecina”; “¿Te habías enterado? Murió el hijo de Lara”... Todas muertes de personas que no me importaban mucho. De la época en que aún no había tenido muertos “importantes”, en que fabulaba con tener el protagonismo en un sepelio. Cuando era joven, imaginaba un día lluvioso, paraguas negros, serios sobretodos, silencio, un responso (¿qué sería exactamente un responso?), la mirada perdida o fija en un único ataúd. La época en que la muerte iba en un avión de guerra cuyas bombas no acertaban todavía a golpear cerca de mí. Un bombardeo que en mi infancia no escuchaba; en mi adolescencia, cada muerte sorprendía como algo que rompía con lo normal; después, avanzada la juventud, uno se acostumbra a ese bombardeo continuo: a cada muerte uno se ponía serio por unos instantes y después se olvidaba hasta la siguiente, pero ya no habría sorpresa. Con la adultez, entre una muerte y otra ya no había olvido posible: el sonido de los aviones que arrojaban las bombas nunca dejaba de escucharse; siempre llegaba el zumbido de los motores.

El avión parecía estabilizarse y yo empezaba a sentirme un poco mejor. Ése fue el momento en que la vi. Una mujer

hermosa, que caminaba entre las hileras de asientos con displicencia y sensualidad. Me di cuenta de que la belleza de la mujer del video había sido una pobre forma de prepararme para la nueva aparición. Era *absolutamente* hermosa. Como si toda su vida hubiera sido una larga preparación para ese momento en que caminaría entre esas hileras de asientos, a esa hora y en ese avión. Como si hubiera aparecido para redimir a los insignificantes mortales que hacían ese vuelo. Por supuesto, caminaba con lentitud, o tal vez era mi mirada la que no podía sino demorar la escena. Era capaz de fascinar a los vivos y a los muertos. ¿Para qué estaría en la tierra? ¿Para qué estaría, en ese momento, en el cielo?

Tuve la convicción de que yo moriría muy próximamente. Tal vez en no más de media hora. ¿De qué me arrepentiría? Imaginé los comentarios de los otros. “Pobre hombre...” No todos los muertos generan comentarios como “pobre hombre”. Aunque los comentarios de los demás pueden ser tan variables. Recordé que alguien dijo de alguien: “Vivió para Dios, y él lo recibe en sus brazos”, o algo así, no me perturbaría la frase “pobre hombre” en boca de alguien que pudiera decir cosas como ésas. Tal vez el parámetro fuera lo que diría una persona como yo. ¿Qué diría yo sobre mí mismo, ante mi cadáver?

Me sentía entrando en una especie de agonía. Sin el dolor de quien padece una enfermedad terminal, y sin ninguna estilización. Las agonías estilizadas son cada vez menos convincentes. ¿Volvería a la vida? Pretender semejante posibilidad casi me daba risa. Tendría que haber tenido la fe de los egipcios, que dejaban en las tumbas alimentos para la futura existencia. Embalsamaban a los muertos, para lo cual vaciaban los cuerpos, no quedaba nada del sistema digestivo y sin embargo les dejaban comida; consideraban que los muertos iban a resucitar e iban a tener hambre y punto. Hasta les dejaban una mucama embalsamada para

que los asistiera. Desde la guantera del asiento se asomaba la cartilla de salvataje, los dibujos de la señora norteamericana —que no necesitaba ninguna mucama— parecían crear una especie de relato en clave, jeroglíficos que traducían la idea de que era posible un mundo en que, ante el fin, existan serenas señoras que se toman de un cojín y saltan a las tranquilas aguas del océano esperando un seguro rescate, aunque más extraño aún era que existiera un mundo en que alguien podía ponerse a dibujar serenas señoras que salvan su vida gracias a seguir esa conducta.

El altoparlante anunció que iniciaríamos, en pocos minutos, el descenso. Ése era el momento en que siempre me llegaba cierto alivio, ése era también el momento en que era inevitable percibir la diferencia entre los retornos a Buenos Aires de mucho tiempo atrás y los de los últimos años. En otra época, se veía el inmenso cinturón de luces del conurbano. Minutos después, debía verse la más intensa franja luminosa de la ciudad en sí. Pero ya no se veían esas luces sino las de la ciudad que ahora era Buenos Aires, tan diferente de la que yo había recorrido cuando era joven. Como le dije al taxista, ya no me molestaba en absoluto hablar de Buenos Aires, ya tampoco me molestaba observar la zona oscura donde había estado la ciudad que años atrás, entre otras cosas, agobió a un joven mendocino, la ciudad que el muchacho de ropa raída no llegó a conocer. La ciudad que viviría lo que había predicho una mala película que todavía podía verse en televisión. El avión, como si nada sucediese —de hecho, nada especial estaba sucediendo—, inició el aterrizaje.